



*la poesia mancha*



LUCIÉRNAGAS  
EN EL DESIERTO



Elvira Martínez Ropero

LUCIÉRNAGAS  
EN EL DESIERTO

*la poesía mancha*

Primera edición: febrero de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Elvira Martínez Roperó

© Ilustradora: Ana Pedregal Fernández

© Fotografía cubierta: Alberto Martínez Arias

ISBN: 978-84-124838-2-6

ISBN digital: 978-84-124838-3-3

Editorial La poesía mancha

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

[produccion@lapoesiamancha.com](mailto:produccion@lapoesiamancha.com)

[www.lapoesiamancha.com](http://www.lapoesiamancha.com)

Impreso en España

*Para todos aquellos a los que puedo llamar  
familia, en especial para la que he formado,  
Peska y Saúl*



## INTRODUCCIÓN

Pasado presente y futuro se cruzan en este libro (que no será el último) de Elvira Martínez Roper. Porque las pasiones cambian de vestimenta y de palabras en apariencia, pero el eco es siempre el mismo.

Al leer este libro por primera vez uno sospecha de la torpeza de los calendarios en su intento por convencernos de que el tiempo es algo que puede enumerarse y arrancarse de un taco de escritorio, cuando en realidad las huellas siguen allí, visibles como las que quedan en la arena y el viento parece borrar, pero solo protege para que no se escapen los pasos.

Tres de las pasiones de Elvira confluyen en este libro, como un cruce de caminos en el que la cuarta alternativa la crea la mirada del lector.

Un pasado clásico, con Egipto como sueño y desvelo al mismo tiempo, versos que respiran esos tiempos legendarios en los que sin embargo hombres y mujeres, incluso los que se creían descendientes de los dioses, amaban morían y soñaban mientras las pirámides, irónicas, aparentaban indiferencia y quizás se compadecían o quizás nos envidiaban (según el poema, uno tiene la sensación de que ocurría una cosa o la otra y a veces ambas).

Pasión por la historia, no como colección de documentos, sino como muestrario de los sentimientos humanos, de los vanos empeños, porque son los únicos que nos acercan a improbables dioses, de las pequeñas miserias que a veces son inabarcables.

Sin ser humano no habría historia; hay quien dice que tampoco guerras, pero tampoco sonetos ni aviones. Y tras explorar la primera parte del libro, uno intuye que las máquinas de hacer volar personas y las de hacer volar las palabras, nacieron quizás por esos tiempos, cuando el ser humano miraba hacia arriba para creerse descendiente de lo más alto, nombrarse su esclavo y, sin embargo, doblegarlo al hacerlo caber en unos versos.

Hay también una Elvira *rock and roll*, desde pequeña con hambre de carretera y sed de vida, así como la niña aprendiendo a caminar como todos hacemos, es decir, cayendo y volviendo a levantarnos. No es un repaso exhaustivo por la vida porque todavía es muy breve y reciente, pero sí nos lleva por un corredor en el que las fotografías de momentos son, en realidad ventanas con las que nos asomamos a verla y vernos, porque a veces también se vuelven espejos.

Y el futuro, encarnado en los poemas de la maternidad con sus temores profundos, su fuerza vital, la contradictoria sensación de fragilidad, de extrema inmortalidad con la muerte rondando cerca, el milagro que por repetido no deja de vivirse como maravilla; eso que los humanos podemos experimentar célula por célula, una divina barriga que crece hasta ponerse en punta porque tiene vocación de pirámide

y señala a las estrellas.

Hay en este libro de Elvira Martínez Ropero dolores, perfiles, alegrías y una trabajada esperanza que, como sus versos, se edifica sin prisas, porque quiere durar para siempre. Que así sea.

CARLOS SALEM



## PRÓLOGO

Elvira sobrevuela estas páginas gracias a la herencia poética y la experiencia que conforman cada eslabón de sus «grandes alas de cadenas». Unas alas en las que importa tanto el peso como el logro de elevarse con ellas, igual que Ícaro hacia el sol, igual que una luciérnaga en el desierto.

*Volar es sencillo  
cuando aún no te han cortado las alas  
y sientes las suelas a un palmo de la acera.  
Pero este peso no me permite  
alzarme a un cielo que me aleje de tu cama.  
Cada vez que doblo aquella esquina  
se me pliega el alma y huye despavorida.*

Los eslabones más fuertes de su poética proceden de la antigüedad clásica, pero la intertextualidad es muy rica, pues, además, existen referencias a Dalí, Newton, los cuentos infantiles, las fábulas, el antiguo Oeste, la música, la escritura, el cine, lo gótico, el haiku, otros escritores... Y también hay lugar para la denuncia social, como en *Once upon a time*, *Cruzar sin semáforos* o *La zorra de las uvas*.

Egipto, Grecia y Roma son parte de la formación de nuestra poeta, como goznes sobre los que gira su imaginario poético y filosófico. El mundo clásico, las grandes civilizaciones, el Humanismo... están tan arraigados en la mente de la autora, significan tanto como origen de todo, que a través de ellos no solo nos coloca frente a su magnitud y nos conforma cuadros bellísimos, sino que consigue equiparar las sensaciones de personajes históricos y mitológicos a las de su experiencia emocional. Hace que nos pongamos en la piel de César para paladear el herrumbroso presentimiento de la muerte, de la tragedia, de la traición... pero no el del emperador —aunque también podamos sentirlo—, sino el personal. A través de Cleopatra podemos hallar nuestro propio deseo, nuestra burla a la muerte. Pasifae nos recuerda que se puede amar a una bestia... Elvira emplea los grandes momentos de la historia para ejemplificar la trascendencia de sus sentimientos, siempre desde la humildad consciente, desde el conocimiento de que maneja la grandeza, lo eterno, aquello sobre lo que han corrido ríos de tinta, para darle una vuelta de tuerca hacia lo cotidiano de las emociones mundanas, pues al final, «nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir», no por nada esta sección primera se titula *Nadie soy*, porque Elvira, como Ulises, sabe que de las proezas solo quedan los nombres, y que los nombres, a veces, cambian según en qué «orilla del tiempo» nos hallemos. Poemas como *Sobre la tierra roja* o *La persistencia de la memoria* renuevan el *tempus fugit* usando como pértiga

la eternidad. Pero Martínez Roperó va más allá: tal vez «la muerte se sienta orgullosa de nosotros».

La segunda parte, *Que nadar me sea imposible*, contiene poemas tan intensos y lorquianos como *Polvo soy*, *Mi motivo*, *Autobiografía en una mudanza*, *Recordatorio* o *Desvelos*, de esos que se leen con el vértigo atenazándonos, y que conforman un imaginario muy potente. En ella, vemos la vida latiendo, doliendo y supurando, vemos la supervivencia que no quiere condecoraciones, el «asfalto inmasticable y ruidoso» que nos rodea en el desasosiego de mil auroras de Nueva York. Crecer es sufrir, y leyendo a Elvira crecemos y sufrimos, morimos y nos deleitamos, sanamos y gritamos. Subyace a muchos poemas un halo de oscuridad palpable, una herencia del imaginario gótico, donde la muerte y los demonios campan a sus anchas, donde la perdición acecha y la atmósfera sobrecoge, quizá como reflejo de la oscuridad en que se halla también el yo lírico, que «no sabía que se gana el infierno quien renuncia a su alma» (*Confieso que he huido*). El deseo tiene también un gran protagonismo, la pulsión erótica que destilan algunos versos es muy intensa. La experiencia de la maternidad irrumpe con fuerza de torrente con versos como «La gestación no siempre se lleva por dentro» (*Prematuro*) o «Hay menos fronteras entre la niña que fui / y la madre que soy ahora» (*Igualmente diferente*). Y es que finalmente, este libro se escribió viviendo, con tinta de sangre, sudor y lágrimas, es un reflejo de vida, del camino tortuoso que supone la misma, y que Elvira recorre apoyando todo su peso en el cayado del amor.

Ambas partes, tan dispares y a la vez tan bien casadas, se entrelazan para dar toda la entidad a *Luciérnagas en el desierto*. Se trata de la dicotomía conocerse-conocer el mundo, del contraste entre lo luminoso y lo árido, entre lo común y lo intangible, la memoria y el olvido, el dolor y la resiliencia.

*[...] Quizá algún día veas esta luz  
que he tendido a la sombra de aquello que fuimos.  
Fue flor de una sola primavera  
pero un recuerdo mil inviernos. [...]*

Ulises se revela como Nadie a Polifemo en su peregrinaje a través del mar para llegar a Ítaca, y en todo viaje acuático sería necesario nadar, algo que a la autora le es del todo imposible, así que su periplo vital ha sido dejarse arrastrar magistralmente por la corriente y dejar constancia escrita en forma de este poemario. Para mí, descorcharlo ha sido una travesía tremebunda, y brindo porque ahora vosotros, lectores, vayáis a emprenderla también: no seréis los mismos al regresar de la odisea que nos propone la autora, quizá os volváis Nadie también.

NOHELIA ALFONSO

I  
NADIE SOY



## *ONCE UPON A TIME*

Mira que son torpes  
la vieja con manzanas,  
la madrastra que castiga,  
el hada que hechiza,  
o la bruja que maldice.

Si los príncipes dejaron claro  
que lo mejor para anularlas  
habría sido hacerlas creer  
que las amaban.

## SOBRE LA TIERRA ROJA

*El hombre teme al tiempo,  
pero el tiempo teme a las pirámides*  
(Proverbio árabe)

I

El tiempo es un viento veloz de tormenta.  
A veces, relampaguea ante mi ventana,  
cierro los ojos y tengo una cana nueva.

Nos asusta mirar el reloj, descubrir que ya es tarde  
para jugar otra partida y que él tiene mejores cartas.

(Contrario a lo que dicen, no vuela.  
Somos nosotros los que corremos,  
pero siempre nos alcanza).

II

Mientras tanto, las pirámides siguen allí,  
impercederas, sobre la abrasadora arena.

Humildes o colosales,  
alineadas con el universo  
o quizá solo bien situadas,  
en el lado del Nilo que desampara.

Observan todo desde hace tanto  
que ni siquiera el sol recuerda su vida sin ellas.

Vigilan que el tiempo no se pare,  
pero consiguen que tema  
que llegue un día en que muera  
y ellas sean las que recojan,  
cierren la historia y apaguen.

Ahora ya sabes,  
viajero,  
por qué corre tan rápido  
el tiempo.